

Cuadrado 1: El Despertar del Acecho



El aire en el salón era denso, saturado por el olor a café recalentado y el polvo que bailaba en los pocos rayos de luz que lograban atravesar las persianas a medio bajar. Julián permanecía hundido en su sofá gastado, un mueble que alguna vez fue símbolo de descanso y que ahora se sentía como una trampa de terciopelo viejo. Sus ojeras eran surcos profundos, marcas de batallas libradas contra el insomnio y la ansiedad. A sus pies, una alfombra de facturas blancas y sobres con bordes rojos parecía crecer por

cuenta propia, extendiéndose como una hiedra venenosa que amenazaba con devorar sus tobillos. Quizás ya los devoró y el no lo sabía. Como había llegado a esto se preguntaba?

Se abre en una ventana nueva

El teléfono fijo, un artefacto que Julián había llegado a detestar, rompió el silencio con un chirrido metálico. Nació con el teléfono "ring ring" y ahora escuchaba a través de un auricular los mensajes. No era una llamada cualquiera; era el sonido de la insistencia, el latido de una presencia que no necesitaba invitación para entrar. Sentía que cada repique era un paso más cerca de algo oscuro, una figura que, aunque invisible, proyectaba una sombra alargada y fría sobre su pecho. Era la sensación de ser observado por un depredador que no buscaba su sangre, sino su tiempo, su paz y su cordura. La vida, con todas sus exigencias burocráticas y sus deudas impagas, se erguía ante él con la

elegancia cruel de un aristócrata de la noche, esperando el momento justo para reclamar lo que le pertenecía. Julián cerró los ojos, pero el sonido no cesó, recordándole que el acecho apenas acababa de comenzar y que no habría rincón donde esconderse de lo que ya estaba dentro de su propia casa. Era inevitable.

Cuadrado 2: El
Castillo de
Papel y Deuda



El mundo

exterior parecía haberse retirado, dejando a Julián atrapado en un espacio que juraría era unos centímetros más estrecho que la mañana anterior. Las paredes de su hogar ya no eran refugio, sino los muros de un mausoleo financiado a treinta años. Sobre él, la sombra de un castillo gótico, oscuro y picudo, se proyectaba con una nitidez aterradora. No era piedra lo que levantaba esas torres, sino contratos, intereses variables y cláusulas abusivas que goteaban como humedad por el papel tapiz. La Hipoteca ya no era un concepto bancario; se materializaba como una figura femenina de palidez cadavérica y vestido de luto, cuya presencia enfriaba el aire a su paso. EL sónido del viento a través de los ventanales no presagiaba nada bueno para Julian.

Se abre en una ventana nueva

Ella no gritaba, simplemente estaba allí, de pie en el rincón más oscuro, extendiendo sus dedos largos y afilados hacia el cuello de Julián. Cada respiración de él parecía alimentarla, dándole más peso a esa estructura invisible que lo aplastaba contra el suelo. Él intentaba echar cuentas, pero los números se convertían en murciélagos que revoloteaban en su cabeza, impidiéndole ver una salida. Sentía el frío del mármol de una tumba en su propia cama. La vida le estaba succionando la vitalidad a través de una cuenta corriente que siempre sangraba en rojo. Estaba atrapado en su propia propiedad, un siervo de un señor feudal invisible que reclamaba su tributo en forma de años de vida, mientras el cuadrado de su existencia continuaba reduciéndose, implacable.

Cuadrado 3: El Abrazo que Consume

El cuadrado se ha contraído tanto que



Julián ya no puede ponerse de pie. El techo, cargado con el peso del castillo de deudas, parece rozar sus cabellos. En este espacio angosto, la inocencia ha mutado en una fuerza gravitatoria insoportable. Sus hijos, dos figuras que deberían ser su luz, se aferran a él con una desesperación que trasciende el amor. Sus manos pequeñas, en este entorno de pesadilla, se sienten como garras de hierro que buscan calor en un cuerpo que ya se está enfriando. "¡Papá, juega conmigo!", resuena en las paredes estrechas, no como una invitación, sino como una orden que drena sus últimas reservas de energía. Se acabaron las fuerzas para jugar. El niño crece al ritmo que el padre decrece.

Se abre en una ventana nueva

Cada vez que intenta estirar los brazos para buscar aire, se topa con la fragilidad de ellos, una responsabilidad que lo encadena más que cualquier grillete de hierro. Julián siente que sus pulmones no tienen espacio para expandirse; el aire que inhala está viciado por el miedo a fallarles, a no ser el escudo que necesitan. Los ojos de los niños, grandes y expectantes, son espejos donde ve su propio fracaso reflejado mil veces. La paternidad, en este rincón asfixiante, se ha convertido en el beso del vampiro: una entrega absoluta de su esencia para mantener con vida a otros mientras él se desvanece. No hay juego, no hay risas; solo el sonido de tres corazones latiendo en un espacio donde solo debería haber uno, y el cuadrado sigue cerrándose, implacable, reduciendo su existencia a un mero soporte vital que se agota por segundos. El relato se acorta, su vida también.

Cuadrado 4: El Eclipse del Alma

El cuadrado es ahora una celda diminuta, un espacio tan reducido que Julián debe encogerse sobre sí mismo, fetal y vencido. Ya no hay rastro de la casa, solo un torbellino frenético de luz azulina proveniente de monitores fantasmales que vomitan correos electrónicos, plazos vencidos y hojas de cálculo infinitas. El trabajo se ha convertido en un remolino de estática que le roba el oxígeno. Cada notificación es un pinchazo en los nervios, un recordatorio de que su identidad ha sido devorada por la productividad. En este asfixiante rincón de existencia, la figura del Conde Drácula finalmente se revela por completo, pero no tiene colmillos de marfil, sino la forma de una capa negra compuesta por todas sus obligaciones: la hipoteca, el llanto de sus hijos, el miedo al fracaso. La sombra de la vida persigue a Julian. No hay escapatoria, acaso la hubo alguna vez?

Se abre en una ventana nueva

La sombra del vampiro-vida se cierne sobre él, envolviéndolo en un frío absoluto. Julián siente cómo sus últimos pensamientos son succionados por el vacío del deber. El cuadrado se cierra un milímetro más, convirtiéndose en un marco negro que aprieta sus sienas. El aire es ya un recuerdo lejano. Con un último suspiro, entiende que el monstruo no buscaba su sangre para alimentarse, sino su existencia misma para perpetuar un ciclo de engranajes y sombras. Al final, la oscuridad total lo reclama. El hombre desaparece bajo la capa negra, y el cuadrado se reduce a un solo punto negro en la nada, un punto final en un relato de una vida que fue perseguida, acorralada y, finalmente, consumida por el propio peso de vivir.

Fin de la historia fin de una vida que nunca se supo si tuvo significado.



© 2011